mundo, renovándolo con una nueva esencia; los astros se aumentan como un nuevo florecimiento de los cielos, como una renovación de la vida universal; la tierra se engalana y ciñe a sus sienes diademas de aureolas boreales; signos de su maravillosa trasformación; la luna, ese astro muerto, resucita al beso del amor, y levantándose en el éther, y tomando más hermosos matices, inunda de una luz indefinible y pura a su eterna amiga la tierra; los desiertos se tornan florestas, los embravecidos mares, serenos lagos; las polares nieves se funden y se evaporan como una gota de rocío; las fieras doblan su cerviz y corren a lamer los pies de su dueño, el hombre, y huyen del globo que no puede abrigar el odio y la guerra; y, por último, el hombre, habiendo encontrado en el trabajo la ley del amor, que es la ley de su naturaleza, vive vida placentera en comunión con toda la humanidad, y si muere, muere para despertar en otro astro más luminoso, en otro planeta más florido, hasta que, merced a esta continua perfección de sí mismo, llega a convertirse en el aroma en que se perfuman todos los seres, en el éther en que se bañan todos los mundos, en la impalpable esencia de que se alimenta todo el universo.

El primer instante del socialismo fué una teo-

logía, y el segundo una cosmología, y el tercero fué ya más humano, más positivo, fué una psicología. No se invocó a Dios para reformar el mundo, no se estudió la naturaleza para transformar al hombre; el socialismo descendió al estudio del alma. La nueva escuela examinaba la raíz de la vida, y allí encontraba la raíz de nuestras desgracias y el fondo de las grandes injusticias sociales. Se había dicho que el hombre es libre, se le había exigido la responsabilidad moral y material de sus acciones, y según estas escuelas, el mal estaba en la responsabilidad humana, porque el hombre es hijo infeliz de la naturaleza, su siervo, y a cada instante siente el mundo exterior sobre sí, que le aplasta como el tardo paso del elefante aplasta el insecto y lo reduce a polvo. Solo la virtud puede hacer feliz al hombre; pero la virtud no se consigue sin la educación, y la educación es hija de la sociedad. Para vivificar al hombre, es necesario matar su responsabilidad, según esta escuela. De aquí se concluía, por una lógica inflexible, como un corolario supremo, que era necesario modificar la educación para reformar al hombre, y tratar al bueno como a un sano, y al perverso como a un enfermo. Para el bueno, el trabajo igual, la recompensa igual, y para el perverso una enfermería, un hospital del alma. El socia-

lismo cada día se iba haciendo más positivo, más práctico, y descendía de su nube a la tierra.

Así como en su primer manifestación había sido el socialismo una teología y en su segunda manifestación una cosmología y en su tercera manifestación una psicología, en su siguiente transformación fué una ciencia económica, una economía política. Entonces el socialismo se limitó a tratar los grandes problemas económicos de la distribución de la riqueza, del crédito gratuito, de la organización del trabajo, de la armonía entre el capital y la producción, de todo aquello que podía mejorar la vida material y la condición de las clases pobres; de suerte que cada día el socialismo iba descendiendo más y más, y armonizándose con la tendencia práctica y positiva del siglo, entrando en la corriente de los hechos sociales, y levantándose a ser una escuela política.

Al llegar a este instante supremo, el problema del socialismo tomó un aspecto que nosotros no podemos apreciar aún, que apreciarán mejor los venideros. Apareció un hombre cuyo genio es como un enigma pavoroso, un hombre que no podemos comprender, que comprenderán las generaciones futuras destinadas a conocer el espíritu de los siglos que han pasado, mejor que las generaciones que en ellos viven. Este hombre es tal, que unas

veces semeja el ángel del Señor, que viene con su clarín a anunciar el juicio final de esta sociedad, y otras veces el mónstruo de la Apocalípsis, que tiñe con su sangre todos los mares de la vida. Este hombre, educado en el dolor y en el trabajo; oyendo siempre los lamentos del pueblo, cuya es su alma por su educación y por su cuna; conmovido con el espectáculo de esas revoluciones que pasan por el espacio, como el viento por las arenas del desierto; siguiendo todas las evoluciones del pensamiento moderno y condensándolas en su gigante alma; armado de una lógica tan grave y demoledora como la maza de Hércules; artista maravilloso por su estilo, que así se levanta a la majestad de Bossuet, a la ternura de Rousseau y a la poesía de Lamartine, como desciende a las burlas de Montaigne, a los equívocos de Rabelais, y a los ahullidos de Baboef; filósofo que condensa todas las sombras y todos los rayos rotos de luz de todas las escuelas; hombre positivo, que sólo se cree hijo de la tierra, y que no quiere oir hablar ni de Dios ni del cielo, porque el instante que consagra a pensar en lo que hay más allá de la muerte no le robe el tiempo que necesita para trasformar lo que hay más acá de la tumba; sombra gigantesca, que penetra en el templo de todas las ideas divinas y humanas, y a todas las juzga en el tribunal de

su conciencia, y todas las pesa en la balanza de su juicio, y a pesar de que condena todas las religiones y todas las escuelas, el catolicismo porque lo cree teocrático y feudal, el panteismo por absorbente y sofocante, el idealismo por vago y soñador, el misticismo por fantástico, el sensualismo por brutal, el protestantismo por aristocrático, la monarquía absoluta por tiránica, la escuela doctrinaria por inmoral, la escuela democrática por inocente y platónica; a pesar de que arroja tantos penates, tantos altares, tantas reliquias queridas y adoradas en las corrientes de la idea del movimiento de Heráclito, reproducida por la extrema izquierda hegeliana, trasformación de un pensamiento capital del gran maestro; a pesar de que quiere amontonar tantas antiguas ruínas en el espacio y gravar tantas afirmaciones nuevas en la conciencia, la única ruína que hay verdaderamente a sus plantas, es la ruína de las antiguas escuelas socialistas, como la única afirmación que se levanta, cual una corona de luz sobre su frente cubierta de espesísimas tinieblas, es la afirmación de la libertad y de la responsabilidad del hombre. (*Estrepitosos y repetidos aplausos.*)

Señores, así como el socialismo en su primer momento fué una teología, y en su segundo momento una cosmología, y en su tercer momento

una psicología, y en su cuarto momento una economía política, en su última evolución comprendió que las organizaciones de las antiguas escuelas nada resolverían y que el problema pavorosamente planteado en el espacio, solo podrá resolverse algún día por la libertad, por el derecho. Así es, señores, que bien podemos decir que las antiguas escuelas socialistas se han disuelto, se han descompuesto a sí mismas, convencidas por un procedimiento racional y lógico de que sus problemas sólo pueden resolverse por la libertad.

Señores: Estudiada la descomposición del socialismo, vamos a investigar la causa de este fenómeno social de este gran fenómeno histórico. El Sr. Moreno Nieto, con ese profundo talento filosófico que tanto le distingue y enaltece a mis ojos, ha dicho que el origen del socialismo está en la tendencia que tiene el hombre a la unidad, como el origen del panteismo en la tendencia que tiene la razón a lo absoluto. El Sr. Suárez lo ha considerado como un fenómeno, que se reproduce constantemente en todas las grandes épocas históricas. Los señores Echegaray, Rodríguez y Sanromá, especialmente este último, con esa elocuencia distinguidísima, que a todos nos ha conmovido tan profundamente. creen, siguiendo la escuela a que con tanta gloria pertenecen, que el socialismo es un resto del mo-

nopolio histórico, sostenido y conservado en pró de las clases inferiores, anteponiendo el criterio de utilidad al criterio de justicia. El Sr. Maldonado Macanaz ha creído ver el origen del socialismo en el contrato social de Rousseau. Y el señor Moret, resumiendo en una sola palabra su pensamiento, ha dicho: *lo pasado es el socialismo, lo porvenir es la libertad, lo porvenir es la economía política*. Yo voy a decir mi opinión.

Para esto necesito evocar dos épocas históricas: el imperio romano y la reforma religiosa; épocas capitales en la historia universal. ¿Habéis pensado alguna vez en el nacimiento del imperio? El pueblo romano estaba encorvado bajo el peso de la esclavitud, y si bien se sentía siervo, se conocía libre con su mano cargada de cadenas escribe un pacto con sus señores, y no contento con un pacto, quiere forjar en el yunque de la revolución un escudo y nace el tribunado; y no contento con el tribunado pide una ley suya, y surge a sus plantas el código de las Doce Tablas; y no contento con una ley, quiere saber el origen del derecho, y los velos sagrados se rasgan para revelar las fórmulas de jurisprudencia, y el antiguo derecho ciclópeo habla a los ciudadanos desde el fondo de sus oscuros jeroglíficos etruscos; y no contento con saber el origen del derecho, quiere una familia, un hogar, y la ley sella con un sello sagrado su casa como si fuera un santuario, y la matrona romana cae en sus brazos, llamando a su antiguo cliente, a su esclavo, esposo y padre de sus hijos; y no contento con un hogar, con una familia, quiere ser censor y es censor, quiere ser capitán y las legiones le llaman *imperator;* quiere calentar sus frías manos en el fuego sagrado, quiere besar con sus impuros labios el ara de sus antiguos dioses, y la aristocracia le ciñe la toga de los pontífices; y no contento con ser censor, *imperator* y pontífice, quiere ser causa, origen de la ley, y se abren de par en par las puertas del campo de Marte y entra triunfante en los comicios por tribus (*bien, bien);* pero ¡qué amarga decepción, qué cruel desengaño! Para ejercer el derecho, para ser soberano, para legislar, se encontró con que no bastaba ni su razón, ni sus tradiciones; que necesitaba oro, mucho oro; y del fondo de aquella injusticia nació lo que nace del fondo de todas las injusticias; una protesta, y aquella protesta que representan los Gracos, a pesar de su justicia y de su amor a la humanidad, la aristocracia la ahoga en sangre y se levanta Mario a salvar de la cuestión social la república, como había salvado a Roma de los cimbrios y los teutones, y la aristocracia arroja a Mario a las

ruinas de Cartago, solitario, desnudo y hambriento; y se levantan Saturnino y Druso, y la aristocracia apedrea a Druso y Saturnino; y se levanta la última transacción posible entre la república y la cuestión social, Catilina, y la aristocracia le persigue, le calumnia, le aniquila en los campos de batalla, y entonces, cuando en el movible mar de los acontecimientos aparece el hombre de la Providencia, el hombre del castigo, el hombre del génio, César, el pueblo que adivina su destino en la frente de sus predestinados y de sus elegidos, le entrega su libertad, sus derechos, en cambio de oro y de venganza; y nace aquella dictadura horrible que por espacio de cinco siglos estuvo machacando las generaciones de la nobleza sobre los campos amasados con las lágrimas y la sangre del pueblo... (*Grandes y unánimes aplausos interrumpen por algún tiempo al orador*).

Señores: Si no me hubiérais interrumpido, hubiera completado mi pensamiento, diciendo que nunca queda en la historia sin un gran castigo una gran injusticia. (*Bien, bien.*)

Señores: Y lo mismo sucedió en Alemania con la revolución religiosa; Lutero emitió un pensamiento, que yo no puedo, que yo no debo juzgar en este sitio. Y como la historia está regida

por la lógica, cual le sucede al espíritu y a la mente, no se sienta ninguna premisa sin que de ella se deduzca inmediatamente una consecuencia. Y aunque se crea una lógica íntima y propia solo de nuestra naturaleza espiritual, es tan objetiva tan incontrastable como la ley de gravedad en los cuerpos, como la ley de atracción en las esferas, y por consiguiente, siempre que se arroja una idea, deben medirse todas las conclusiones que esa idea encierra, que esa idea contiene, en la seguridad de que ningún esfuerzo humano pueda contrastar la inflexibilidad de la lógica. Así que Lutero arrojó su principio, inmediatamente las clases inferiores dedujeron todas las ideas contenidas en su doctrina. Lutero entonces se puso de parte de los reyes y de los nobles, contra el pueblo, que pedía su libertad. Y de aquí nació aquella terrible tragedia social, escrita con sangre en una ciudad célebre por un profeta, célebre también por sus errores y por sus desgracias.

Pues bien, señores; de las mismas ideas y de los mismos hechos se deducen siempre conclusiones idénticas, conclusiones armónicas. Miremos ahora con igual imparcialidad un día no menos transcendental en la vida de la humanidad; el día en que se organizó la revolución francesa, ese

día en que pasó de su período demoledor a su período dogmático y de armonía. Juzguemos este hecho en Francia, porque en Francia nace el socialismo. La revolución se había consumado; el feudalismo se había hundido en el polvo; los reyes absolutos habían dejado sus coronas de derecho divino en los campos de batalla, arrancadas de sus sienes por el viento que al agitarse levantaban las banderas del pueblo (*aplausos*); las hogueras de la Inquisición se habían extinguido; las cadenas de los siervos se habían roto; las aristocracias antiguas se habían desplomado con estrépito; el trabajo había dejado de ser un signo de envilecimiento; el derecho había sido escrito con caracteres de fuego en la conciencia humana; la propiedad; redimida del censo y de la tasa; la libertad declarada universal; la igualdad consagrada al par de la libertad: y cuando el pueblo, que había derramado su sangre en los campos de batalla; el pueblo, que había dado la vida de sus hijos para escribir la iliada de la revolución, fué a pedir la libertad de su razón, de su voluntad, su derecho, en una palabra, vió que para alcanzar ese derecho que se había creído esencial de su ser, ingénito a su naturaleza, atributo natural de su vida; le decían: «si quieres tu derecho cómpralo;» y entonces nació de esta injusticia la

protesta del socialismo, que espantó a la clase media francesa, y puso terror en su corazón, y fué como el espectro de su conciencia y la negra sombra de su vida, porque el socialismo era la consecuencia de sus ideas, el socialismo el castigo de sus crímenes. (*Estrepitosos y prolongados aplausos*).

Pero, señores, por el desenvolvimiento natural de esta discusión, se ha llegado, después de examinar su orígen, a esta pregunta: ¿en el fondo del socialismo hay algo aprovechable? El Sr. Moreno Nieto decía que el socialismo había traído la ventaja de llamar la atención hacia el problema del pauperismo. El Sr. Mata decía que el socialismo es útil como una crítica de la sociedad y de las ideas económicas reinantes, como un quejido lanzado por la sociedad en el lecho de sus dolores. Yo voy a llamar la atención hacia otro linaje de consideraciones. Señores, el socialismo, entendiendo por socialismo la absorción de nuestra personalidad en el Estado, tendrá siempre cierto encanto a los ojos de la raza latina, por su tendencia a la unidad, que está en el fondo de la civilización, en el seno de nuestro espíritu. Tres grandes ideas muestran y señalan toda la vida de la raza latina, y estas tres ideas tienden a la unidad humanitaria. Esta raza ha tenido su manifestación histórico-so-

cial en el imperio romano; su manifestación religiosa en el catolicismo; su manifestación política en la revolución francesa. Pues bien; el imperio romano tendió a dar a la humanidad un solo cuerpo, y el catolicismo una sola conciencia, y la revolución francesa un solo derecho. (*Bien, bien.*) Tres grandes ideas muestran y señalan la vida de la raza germánica, y estas tres ideas han tendido siempre al individualismo. La raza germana y anglo-sajona han tenido su manifestación histórico-social en el feudalismo; su manifestación religiosa en el protestantismo; su manifestación política en la revolución de Inglaterra. El feudalismo aislaba al hombre en su castillo, al revés del imperio romano, que disolvía al hombre en la sociedad; el protestantismo aislaba la conciencia en sí misma, al revés del catolicismo que depositaba la conciencia en la Iglesia; y la revolución de Inglaterra se quedó aislada en una sola nación y en una clase, y al revés de la revolución francesa, que llevó su espíritu a todos los pueblos y derramó su fuego en todo el continente. (*Bien, bien.*) ¿Pero la raza del Norte no puede ser humanitaria? Sí, señores, ahí están los Estados Unidos, que se acercan, aunque imperfectamente, a esa idea. ¿Y la raza latina no puede ser individualista? Ahí la raza española de América, nuestra hermana, que en el suelo volcanizado de América escribe los eternos principios del derecho.

Y sin embargo, la lucha de las razas es evidente, es indudable. Así como en el mundo antiguo hubo aquella sangrienta lucha entre la raza semítica y la raza indo-europea, que cubrió de sangre los mares y las campiñas; así en el mundo moderno hay una lucha constante, perpétua, entre la raza latina y la raza germánica. Si lo dudais, poner los ojos en las orillas del Adigio y del Tessino. (*Sensación.*) Y esta antinomia; esta contradición, ¿es insoluble? No, mil veces no. La eterna contradiccion del mundo antiguo se resolvió en una síntesis suprema, que se llamaba Roma. Lo mismo sucederá en los tiempos modernos. Para llegar a una armonía entre la raza latina y la raza germánica ¿qué se necesita? Que la raza germánica y anglo-sajona admita en su idea de libertad la idea de igualdad, trabajo titánico que hoy está verificando Inglaterra con su reforma electoral, y al mismo tiempo que la raza latina anime su idea de igualdad con la idea de la libertad, trabajo que están hoy haciendo la mayoría de las naciones latinas de uno y otro continente. Y aún se necesita más; se necesita que la idea del derecho, se extienda a todas las manifestaciones de la vida. Nosotros hemos tenido libre la voluntad,

pero esclavo el pensamiento. La raza germana ha tenido, especialmente en Alemania, libre el pensamienlo, pero esclava la voluntad. Este antagonismo, pues, no se resolverá, sino extendiendo la libertad y el derecho a todas las esferas de la vida, y a todas las manifestaciones del espíritu. Pronunciemos, pues, una palabra, que resuelve todas las contradicciones, todos los antagonismos pronunciemos la palabra «derecho». El derecho es individual, porque quiere que sea libre la voluntad, libre el pensamiento, libre el trabajo, libre el crédito, libre la enseñanza; pero el derecho es humanitario, general, porque quiere la libertad de todos los hombres, la autonomía de todas las nacionalidades, la confederación, primero por razas, después por continentes, el cosmopolitismo ecónomico, la libertad de comercio, que ha de destruir las fronteras, que ha de volver el equilibrio entre la producción y el trabajo, que ha de destruir el egoísmo de las razas, que ha de fundir todo el género humano, auxiliada por la electricidad, por el vapor y la imprenta, para que se cumpla el bien de la hnmanidad en toda su grandeza, y se realice en toda su plenitud la santa idea de justicia. (*Aplausos.*)

Señores: Después de examinado el socialismo en todas sus fases, habéis venido a tratar de las

soluciones políticas. Cuatro grandes escuelas hemos visto aparecer aquí, representadas todas por ilustres campeones; la escuela antigua, que en su sentido transcendental y religioso ha sido sostenida por el Sr. Alcalá Galiano, y en su sentido histórico por el Sr. Malo; la escuela filosófico-histórica, sostenida por los Sres. Morón, Capalleja, Moreno Nieto; la nueva escuela, sí, la escuela, que llamaré moderna, en contraposición al absolutismo, cuya negación radical es dividida en tres grandes fases: la fase económica, representada por los señores Bona, Sanromá, Echegaray, Rodríguez, Moret; la fase filosófica, representada por los Sres. Suárez y Moraita, y la fase política, que sin excluir la económica y la filosófica, representan más pronunciadamente los Sres. Alzugaray y Canalejas. Trataré brevísimamente de esta cuestión.

Señores: La escuela monárquica antigua ha expuesto sus doctrinas de esta o parecida manera. La razón del hombre es débil, y necesita de un auxiliar superior que le sostenga, y este auxiliar es la Iglesia, que tiene solución para todos los problemas; que resuelve el problema filosófico por medio de la fé, y el problema político por medio del derecho que del cielo han recibido todas las potestades terrestres, por el derecho divino, y el problema ecónomico por medio de la tasa del in-

terés del dinero, que mata la usura y el problema social, predicando la caridad a los ricos y la resignación a los pobres, enseñando a los ricos a ser misericordiosos y a los pobres a ser sufridos y pacientes. Y después de esto, el Sr. Malo resucitaba con su palabra los tiempos antiguos en un discurso de doctrina, porque el de esta noche ha sido un discurso de polémica, y pedía con grandes clamores aquellas épocas en que nuestros sabios se llamaban San Isidoro, Alfonso X, Nebrija, Arias Montano, el Brocense; en que nuestros escritores usaban la divina lengua de las *Querellas*, del *Laberinto*, del *Quijote*; en que nuestros poetas pulsaban la robusta lira de Lope, Rioja, Calderón; en que nuestros pintores arrebolaban los cuadros históricos de Velázquez; los penitentes de Rivera, los cristos de Morales, las Vírgenes de Murillo; en que nuestros teólogos hablaban en el concilio de Trento, y nuestros lectores enseñaban en la Universidad de París; en que nuestros navegantes atravesaban el cabo de las Tormentas, descubrían en Asia Filipinas, encontraban una nueva creación, premio de su arrojo, en el ignorado seno del Atlántico; en que nuestros soldados escribían con sangre de sus venas el gran poema que comienza en Covadonga y concluye en Granada, y oprimían contra su corazón a Nápoles, a Palermo, a Milán,

y sostenían en el monte Tauro, en el Eta, en el Bósforo con sus robustos brazos el vacilante imperio bizantino, y cubrían con sus banderas sin rival, el Mediterráneo, y enterraban la soberbia media luna en las hirvientes aguas de Lepanto y vencían a Francia, y amenazaban a Inglaterra, y dominaban a Flandes, y extendían sus huestes por toda Alemania, y salvaban con sus aceros caballerescos toda la Hungría, y grababan la idea cristiana en la frente de África y América; aquellas épocas en que nuestro imperio era más inmenso que el imperio romano, y nuestras conquistas más fabulosas que las conquistas de Alejandro; aquellas épocas en que el mar era como una alfombra arrojada a nuestras triunfales plantas, y el sol como un diamante engarzado en nuestra inmortal corona. (*Ruidosos y repetidos aplausos.*)

Me parece, señores, que he sido imparcialísimo al referir todos los fundamentos de la doctrina absolutista. Me permitirán, pues, que use de la misma imparcialidad al criticarla. Yo voy a decir muy pocas palabras. Vuestro sentido religioso, al confundir la religión con la política, hace del santuario, asilo de todos los hombres, la fortaleza de un partido; vuestro criterio filosófico, si es solo la fe, puede aniquilar la ciencia, que necesita también de la razón; vuestro criterio político, si

es el derecho divino, anula al hombre; porque siempre que Dios se asienta en el trono de la soberanía temporal, el hombre se confunde en el polvo de los insectos; vuestra solución económica, si es la tasa, mata la libertad del crédito, la libertad del trabajo, la libertad de la propiedad de que os declaráis defensores; vuestra solución social si es la solución del convento, no será ciertamente el derecho al trabajo, no será el derecho a la asistencia; pero será el derecho a la ociosidad, el derecho a la vagancia. (*Ruidosos aplausos interrumpen por algunos instantes al orador.*)

Y en verdad, podíamos concluir diciéndoles: vuestro sistema con sus mayorazgos, con su amortización, con sus señoríos, con sus alcabalas, con sus diezmos, con sus aduanas de provincia a provincia, de pueblo a pueblo, después de ser la injusticia absoluta, es el empobrecimiento universal. (*Grandes aplausos*). Y en verdad, señores, que yo busco ese absolutismo tan decantado en nuestra historia, y no lo encuentro; sí, no lo encuentro en los primitivos tiempos, porque Indibil y Mandonio, Indortes e Islolacio eran jefes de tribu, jefes de familia, y Sagunto que protestó contra Anníbal, y Numancia que protestó contra Escipión, eran ciudades democráticas; y un pastor el primer jefe de nuestra nacionalidad; y pobres

campesinos aquellos astures que aterraban a Agrippa y a Augusto, entonando cánticos de libertad desde la cima de sus cruces, y se arrojaban al Océano por no arrastrar en extranjeras playas la vil cadena de esclavos; yo no veo el absolutismo en el imperio romano, porque lo que veo son colonias levantadas en el reino de la ciudad eterna, libres municipios levantados en las tradiciones del país; yo no veo el absolutismo en tiempo de los godos, porque lo que veo es una aristocracia militar en Leovigildo y Chindasvinto, una aristocracia teocrática en Recaredo y en Egica; el pueblo haciéndose católico cuando sus señores son arrianos, e idólatra cuando sus señores son católicos; yo no veo el absolutismo desde Covadonga hasta León, porque lo que veo es un pueblo que busca un refugio en el universal naufragio, reyes levantados en el escudo de los soldados, esclavos recogiendo las rotas espadas de los godos, jueces que protegen bajo su manto las nacientes monarquías, condes que arrojan desde sus trotones de batalla claros fueros a sus pueblos; yo no veo el absolutismo desde León hasta Toledo, porque lo que veo es el nacimiento del municipio cristiano en 1020, fecha que todo buen español debe llevar aquí en el pecho; la semilla de nuestro jurado, la trasformación del Concilio en Cortes, la idea feudal